

oráculo

ISSN 1909 2865

2009 / No. 19

DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO / DINERO



Universidad
Externado
de Colombia

M...A 43959285 JULIO GARAVITO A.

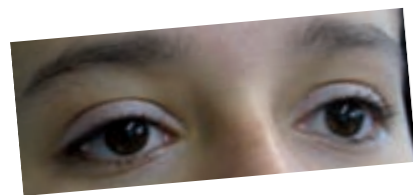
CONTENIDO



4 SE ROBARON EL CARNAVAL



7 ¿DÓNDE ESTÁN LOS BILLETES?



10 EN LA FRONTERA DEL CANJE



12 EL SUELDO DEL MONTE



14 JUGAR CON TODO



16 EL INCRÉDULO JARAMILLO



18 VALORES

Diseño de portada
Grupo Énfasis en Periodismo



Universidad Externado de Colombia | FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL - PERIODISMO



oráculo

Es una publicación de los estudiantes del Énfasis en Periodismo de la Facultad de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad Externado de Colombia.

Redacción

Angélica Benavides Poveda
Richard Revelo Cadena
Elizabeth Guzmán Caballero
Vanessa Báez Leño
Adriana Jiménez Zapata
Andrés Felipe Vargas Hoyos

Editor

Fernando Cárdenas

Director Gráfico

Orlando Valencia Sarmiento

Impresión

Departamento de Publicaciones
Universidad Externado de Colombia
Colombia, Bogotá D.C.
2009



Editorial

El reportaje de profundidad, el que empuja esta revista, juega muchas veces a subirse en el tren de la actualidad, de la noticia rápida, pero le resulta complicado por el tiempo, el análisis y el proceso investigativo que requiere para su elaboración. Sobre todo si se hace desde los salones académicos.

Lo bueno es que esta vez, en una especie de laboratorio al aire libre, las piezas periodísticas tienen el gran mérito de pregonar ambos matices. Al comenzar el semestre planteamos la idea de desarrollar una temática que hablara un poco de la situación económica que se empezaba a desinflar, de cómo el dinero cambia nuestras vidas. Y el resultado, al final del semestre, nos dio la razón.

Resulta que meses después, en plena etapa de reporte, ellos se encontraron enfrascados con toda la crisis de los bancos estadounidenses y la "hecatombe" de las pirámides locales. Justo cuando se desplomaron los dineros invertidos por miles de colombianos, una de las reporteras estaba en el corazón del problema, Nariño, al lado de los ahorradores. Otro, que se encontraba coleccionando testimonios en Zipaquirá, pudo reconstruir la historia de unos pobladores que creyeron en la lluvia de billetes.

De igual forma, todo el grupo de Oráculo buscó historias que mostraran la magia y el poder destructor del dinero fácil, con el aliño periodístico de que se hizo en medio de una ola noticiosa sin precedentes. Tanto que casi tambalean regiones enteras y proyectos con aspiraciones presidenciales. Capturar estas historias en medio del agite de los noticieros –incluso antes que los dos canales privados– tiene un crédito especial. Y ellos, estos seis estudiantes, lo pudieron vivir como testigos directos, algo que por cierto sólo ofrece esta hermosa profesión.

Fernando Cárdenas
Editor



Se robaron el carnaval

Nariño vivió la locura del dinero fácil. Ipiales, por ejemplo, se convirtió en un paraíso en el que pocos trabajaban, gracias a los rendimientos estratosféricos de las pirámides. Pero un día todo se desplomó.

Luz Ángela se percató en su reloj que ya eran las siete y media de la mañana, entonces corrió apresurada a abrir las puertas de su pequeña tienda de barrio. Cuando se asomó desde su casa de inmediato vio que la fila de personas que querían invertir en la nueva captadora de dinero, ubicada en la misma cuadra, se había duplicado en menos de un mes. Desde ese día entendió que los temores de los habitantes de Ipiales habían desaparecido, y que esta vez esa empresa era una forma segura de invertir los ahorros.

Dos semanas antes, en el mes de septiembre, los rumores que se escuchaban en las calles de Ipiales finalmente se habían convertido en una triste realidad para quienes estaban dedicados a hablar del tema en el parque Veinte de Julio. Fabián Ruiz, que era un campesino del pueblo, no resistió la tentación y un día decidió vender su única fuente de trabajo en el campo. Salió de su mula de carga avaluada en 150 millones de pesos para poder invertir el dinero en una de las pirámides que tan sólo tenía cuatro días de funcionamiento y que ofrecía 150% de intereses en seis meses.

Los inversionistas de esta pirámide llamada Mar de Plata, ubicada en la Carrera Once cerca del parque principal, estaban exaltados ante la noticia de que la captadora de dinero en la que tenían todo su capital había entrado en quiebra. Resueltos a solucionar el inconveniente, una turba de personas se armó de palos y de piedras para enfrentar al director de la pirámide. Al no obtener respuesta, tumbaron la puerta y entraron violentamente a destruir el lugar, quemaron las cortinas y saquearon los artículos más valiosos que encontraban a la vista como computadores, puertas y mesas.

Ante la difícil situación de orden público, la policía tuvo que brindar seguridad a John Cadena, el director del establecimiento, pues el grupo de incrédulos estaba resuelto a lincharlo

Con el paso del tiempo, el pueblo se entregó a un constante carnaval que se disfrutaba en conjunto. No había una persona que no estuviera invirtiendo en Mar de Plata o Proyecciones DRFE.

si no les entregaba el dinero. John, en medio del pánico, empezó a gritar en voz alta que estaba en quiebra y que el poco dinero que tenía se lo había entregado a la policía.

Teniendo en cuenta las súplicas de la turba, la policía contó el dinero con intenciones de devolverlo a todos los inversionistas. No obstante, los ahorradores se llevaron una gran sorpresa cuando las autoridades señalaron que a cada persona le devolverían tan solo ocho mil pesos del total de su inversión, pues era lo único que podían hacer ante la difícil situación.

Luego de presenciar estos violentos hechos, Fabián Ruiz se marchó hasta su finca, con todas las esperanzas derrumbadas. Al poco tiempo el pueblo se enteró de la noticia en la que confirmaban que este campesino no pudo soportar la presión y falleció de un ataque al corazón.

De igual manera este detalle no opacó la felicidad de un pueblo que estaba atravesando por la época más próspera de todos los tiempos. Ni en las mejores cosechas de la bonanza cocalera que ha vivido esta región del sur de Colombia se recuerda tan inmenso jolgorio.

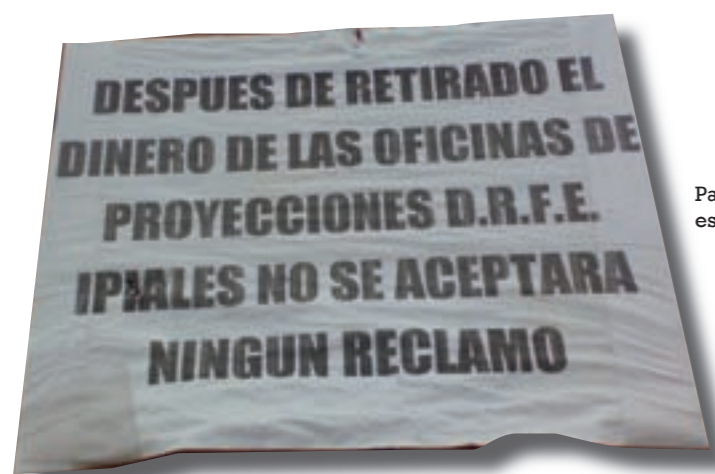
Carlos Augusto Soto, que se dedica desde niño a la agricultura, fue uno de los que invirtió en DRFE (Dinero Rápido, Fácil y Efectivo), pues sus manos curtidas de tanto cultivar ya estaban cansadas. No tener un lote propio era lo que quebrantaba la fuerza con las que se despertaba cada mañana para seguir sembrando su eterna esclavitud. Dominado por la intriga, recogió el poco capital de la cosecha de unas papas y lo metió en esta pirámide, que ostentaba más de 8.000 inversionistas en Ipiales.

Una noche cuando salía de su casa se detuvo a conversar con Silvio Quiroz, su compañero de trabajo en el campo. Curioso le preguntó que cómo le estaba yendo con las ganancias de la pirámide, sin ninguna preocupación, Silvio le contestó que

primero había perdido todo su dinero y que sin tener otra alternativa tuvo que vender su ganado en diez millones de pesos.

Con semejante noticia, Carlos decidió contarle que hacía dos días él también había metido su último capital, y temeroso le dijo: “no me diga que ya perdí todos mis ahorros en esa vaina...”. Rápidamente su compañero le contó que en los campos de agricultura todos estaban resueltos a hacer lo mismo, y que ninguno paraba de hablar del nuevo campesino que ahora era rico, “si es que Arístides dejó de trabajar su tierra y está dedicado a gastar su dinero”, le aclaró. Desconfiado exclamó: “¡No puede ser cierto!”. Ante la repuesta, Silvio le dijo que durante cuatro meses él no había podido sembrar ni una papa, pero hacía unos

“Transcurrían los meses y los habitantes de Ipiales no se cansaban de señalar que un milagro estaba pasando en ese lugar. Era algo bíblico.”



Panfleto de esos días en Ipiales.

días resolvió plantar 10.000 bultos para volver a reinvertir el capital en la misma empresa.

Transcurrían los meses y los habitantes de Ipiales no se cansaban de señalar que un milagro estaba pasando en ese lugar. Era algo bíblico. Ahora Luz Ángela debía abrir su tienda más temprano porque la gente comenzaba a amontonarse cerca de su casa desde las cinco y media de la mañana. El comercio estaba floreciente. Las tiendas de carros, de licores, la venta de apartamentos, locales de minutos de celular proliferaban y no daban abasto.

Pronto la Calle Cuarta se convirtió en la cuadra más popular y visitada por todos, a causa de las oficinas de DRFE.

Como si todas las semanas fueran vacaciones, la multitud, sin importar el clima, estaba allí muy puntual en "su mina de oro". Algunos iban a retirar sus intereses y otros volvían para invertir nuevamente.

Entonces, los demás aprovechaban el ambiente de la cuadra para hacer algo de dinero. Los vendedores de tinto y empanadas ya no se hacían en los parques principales porque ahora todas sus ganancias estaban en la Cuarta.

Desde que llegaron las pirámides, Jimena Castilla, antes de ir a la universidad, empezó a madrugar más de lo usual. Todos los días salía a pie de su casa para llegar a hacer fila en la Cuarta y vender su puesto por 100.000 pesos. Tres cuadras antes de llegar, alargaba el paso y desde lejos observaba cómo la gente se empezaba a amon-

tonar. Normalmente se ubicaba en los primeros puestos para poder cobrar más dinero. Los inversionistas ya reconocían quienes vendían los puestos, así que sin necesidad de preguntar llegaban directamente donde ellos.

En estos últimos meses de 2008, el pueblo se entregó a un constante carnaval que disfrutaban todos los vecinos. La gente rápidamente empezó a salir de sus deudas y a poner sus propios negocios. Las preocupaciones por el dinero se estaban quedando atrás.

La economía de Ipiales estaba en la cima. Cada quien invirtió su plata en lo que más necesitaba. La compra y venta de artículos aumentó. Desde los jornaleros hasta los campesinos prefirieron entregar su dinero a las captadoras, no a los bancos, de manera que los préstamos en estas entidades empezaron a incrementarse sucesivamente.

Ipiales se convirtió en un pueblo alegre. Aparte de que había más plata, los habitantes depositaron todas sus esperanzas en Carlos Suárez, el presidente de Proyecciones, quien por medio de

sus declaraciones y libros propuso crear la construcción de escuelas, parques y una comercializadora en beneficio de los más pobres. Todos le creían. Ellos le decían "mi presidente".

El diez de noviembre del 2008 en la emisora local, el locutor dio lectura a un comunicado que pronto se estaba vendiendo por todo Ipiales: "La crisis económica mundial ha afectado a un gran porcentaje de empresas... esta situación ha obligado a que en Proyecciones se adopten medidas de choque y nuevas estrategias...". Las personas en la calles sin entender qué sucedía se enteraron que los rendimientos del 100 y 150 % en las captadoras quedaban finalmente en un rango de 70%.

Ante el pánico por esta noticia, un equipo de RCN llegó al lugar y los habitantes se mostraron enfurecidos por el perfil editorial del canal. "No sean mentirosos, digan la verdad, ellos no son estafadores", gritaba la turba.

A los pocos minutos la Calle Cuarta estaba colmada de gente. Las puertas de la pirámide tuvieron que ser cerradas para calmar la situación. Sin embargo, José Chamorros se vio forzado a salir y dar explicaciones. Con un parlante pidió cordura y calma, ya que en una reunión iba a aclarar todas las dudas.

Aunque los inversionistas durmieron en la calle esperando una respuesta por sus ahorros, al día siguiente el espejismo de todo un pueblo próspero se derrumbó en frente de una casa vacía y sin moradores, en la famosa esquina de la Calle Cuarta. ☹



¿Dónde están los billetes?

Un carro lujoso pasaría por el parque Los Comuneros de Zipaquirá a regalar plata. Era la primera tarde de febrero de 2008. Mientras caía la noche, la multitud expectante se entregó al desorden y la frustración. El dinero nunca llegó.



Los falsos caballos que montan con alegría los niños, ese día se perdieron entre el río humano que aguardaba por el milagro de la 'multiplicación de los pesos'.

“Hoy van a regalar plata”, fue el murmullo que comenzó a apoderarse de los jugadores de bingo, reunidos en el salón comunal más cercano al parque Los Comuneros de Zipaquirá. Ancianos y desempleados llenaban con calma sus cartones esperando un golpe de suerte que ese día parecía estar lejos de la ‘G de gato’ o la ‘I de iglesia’.

Era mediodía, y entre la incredulidad de algunos y la esperanza de otros comenzó a crecer el rumor de que hombres en una camioneta oscura y blindada llegarían a Los Comuneros a regalar cincuenta mil pesos, por cada mil que les dieran. Parecía la historia de una pirámide.

En las tiendas de minutos a celular las comunicaciones convulsionaron, en un hecho sólo comparado a lo ocurrido en 1997, cuando por un error de factu-

ración fueron canceladas el 98% de las líneas telefónicas de Zipaquirá. Esta vez, los temas de conversación en las llamadas eran para hablar de la maravillosa noticia de la llegada del ‘dinero fácil’ a este municipio, que en su entrada principal tiene un letrero pagado por aguardiente Néctar, donde se dice que habitan ciento cinco mil habitantes.

Ya era la una de la tarde y Patricia Bernal se dio cuenta de que ese viernes no era igual a los demás. En su trabajo como vendedora de dulces en el parque jamás había visto tal revuelo. A las cuatro de la tarde no soportó más la multitud y se

marchó, rompiendo su rutina de dieciocho años de trabajo, en los que usualmente llegaba con sus caramelos de diez de la mañana y a las seis de la tarde.

En aquel parque de tres palmeras, también conocido como ‘el parque de las tres tetas’, los comuneros hace más de dos siglos firmaron las capitulaciones entre el líder campesino José Antonio Galán y el Virreinato de la Nueva Granada, acuerdo incumplido con la persecución y muerte de Galán y los demás comuneros. Doña Patricia se marchó temiendo un brote de violencia entre la multitud, como disparos similares a los escuchados en el parque en marzo de 2003, durante un extraordinario episodio, donde un grupo de hombres mató a un policía y mantuvo como rehenes, por tres días, a cuatro personas dentro de una joyería que estaban asaltando.

Jorge Castañeda era uno de los jugadores de bingo y aunque decía no creer en el rumor, se acercó desde las dos de la tarde a observar lo que ocurría. Vio cómo después de las cinco el gesto en el rostro de la gente cambió de un semblante alegre a una mueca de frustración incipiente.

“¡Viene viene!”, gritaban algunos bromistas dentro de la muchedumbre que corría hacia donde cualquiera les dijera. Después de segundos de empujones y pisotones extra, no había ni carro, ni dinero.

Jorge Segura, hombre de piel blanca, ya rojiza por el sol y el viento, llegó a las tres de la tarde al parque Los Comuneros. Desde hace treinta años toma fotografías en aquel lugar a quienes lo pidan, pero entre semana jamás sale: “Si el trabajo ahora está malo los domingos, yo para qué vengo a trabajar entre semana”, dijo Segura, quien sin su cámara decidió ir a presenciar los pormenores de aquella jornada ilusa, donde un sol

tenue iluminaba tanto a la montaña de la célebre Catedral de Sal como a los cientos de espectadores desparramados en el parque.

“Ya no cabía nadie más”, cuenta Castañeda, quien observó al oscurecer a un hombre con una tula militar al hombro, cruzando el parque de forma diagonal. Un grupo de personas comenzó a mirarlo de manera sospechosa y salió disparado a perseguirlo, antes de que se perdiera entre la masa. Se pusieron frente a él, lo retuvieron y revisaron la tula. De nuevo nada, no había dinero.

“¡El carro está en el San Pablo!”, gritó un hombre entre la multitud. De inmediato, una avalancha humana buscaba escapar por una de las esquinas del parque. Una mujer cayó al piso y se golpeó en la cabeza contra un bolardo. Se trataba de la única herida durante la jornada de ‘cosecha de dinero’. Fue llevada de urgencias al hospital del municipio, el San Juan de Dios. El primero en recibirla fue el celador de turno: Fredy Sánchez, quien hoy sospecha de la coincidencia entre el rumor del dinero en Los Comuneros y la aparición de las pirámides en Zipaquirá: “Primero eran los chismes de que iban a regalar plata. La gente sacaba del banco para ir a cambiar y luego, llegaban las pirámides cuando había para gastar”. Mientras Sánchez recibía a la única herida, el olor a dinero enloquecía y sumía en la paranoia a un millar de zipaquireños que seguían agolpados en Los Comuneros.

Un carro de valores incursionó en el lugar que para las seis de la tarde ya era un ‘hervidero humano’. Los gritos no se hicieron esperar y la gente se abalanzó con violencia sobre el vehículo blindado. Éste avanzó sin inmutarse, mientras algunos corrían desesperados tras su huella, esperando como buitres un absurdo regalo de última hora.

“¡Viene, viene!”, se escuchó en un nuevo grito, ahora pronunciado en medio de las luces amarillas que iluminaban la noche en Los Comuneros. Se trataba de un carro oscuro, grande, similar al del rumor de los zipaquireños. “Se le

botaban por las ventanas”, cuenta Wendy Pinzón, la hija de doña Claudia Bernal, la vendedora de dulces que se marchó temprano. Wendy fue testigo de la impotencia de la gente cuando veía pasar carros sin saber en qué momento llegaría la dicha, la plata.

A las nueve de la noche la policía de Zipaquirá detuvo dos camionetas que se disponían a transitar cerca del parque, para prevenir un incidente más grave. La gente ya estaba desesperada y una hora más tarde desmotivados también por el frío intenso, comenzaron los primeros desertores de la ‘lluvia de dinero’.

Cuenta doña Claudia que el rumor comenzó cuando días atrás una mujer que pedía dinero con sus hijos en la calle Novena fue premiada con una limosna insospechada: un millón de pesos que le dio un hombre de una camioneta lujosa de color oscuro. “Tome, para que saque adelante a sus hijos”, dijo aquel sujeto, quien con su acto generoso dio rienda suelta a especulaciones provocadoras del delirio colectivo.

En la mañana siguiente, el sábado 2 de febrero del 2008, unos decían que sí

les habían regalado dinero, que había llovido desde helicópteros mandados por el presidente Uribe. Otros contaban que les había llegado vía sobre, por debajo de las puertas de sus casas. Unos pocos zipaquireños aún creían en el mito destruido de la tarde anterior y esperaban a la misma hora por la llegada del para entonces dinero difícil. Cayó de nuevo la noche y no hubo más remedio que retornar a la realidad de la ‘saldada’ Zipaquirá.

Días después se volvió a escuchar un chisme parecido en las calles del municipio, esta vez se trataba de la Iglesia de San Juanito. Un domingo de misa corrió el rumor de que a los feligreses alguien les regalaría dinero a la salida. Una vez hecha la señal de la cruz, y pronunciado el “pueden ir en paz”, los fieles se levantaron de sus sillas y salieron tímidos, ya aburridos por los cuentos y las pirámides caídas. Ya nadie creyó, nadie salió corriendo detrás de los carros o maletas de desconocidos a pedir dinero. ☪

Texto y fotografía: Richard Revelo Cadena

“La gente sacaba del banco plata para ir a cambiar y luego, llegaban las pirámides cuando había para gastar”



En la frontera del canje

Los cambistas de moneda colombianos y ecuatorianos quedan expuestos a la mirada de los transeúntes. A los ladrones que aguardan con paciencia para dar el golpe final. Un negocio donde se arriesga la vida con tal de llevar a la casa varios fajos de billetes.

A las ocho de la mañana Aura Ligia aprovecha el tiempo para lavar la loza y dejar en orden su apartamento, mientras escucha las noticias del municipio a través de Radio Diva. En esta ocasión, una voz masculina le informa sobre los asesinatos de veintidós comerciantes en lo corrido del año y la impunidad de dichos crímenes.

Las víctimas no tenían un local ubicado en la mejor zona comercial de la ciudad, pero pertenecían al grupo de negociantes que diariamente se ubican en el Parque La Pola y en el Puente Internacional de Rumichaca para cambiar pesos por dólares y viceversa. Los muertos estaban acre-

ditados como cambistas profesionales en zona de frontera.

De lunes a viernes, e incluso los fines de semana, hombres y mujeres recorren la acera de la carrera 6ª con calle 14 en Ipiales, Nariño, con un puñado de billetes verdes y nacionales en las manos y el resto de la plata en una cartera pequeña amarrada a la cintura. No anuncian su actividad laboral a gritos, al mejor estilo de un comerciante de frutas en una plaza de mercado o de un vendedor ambulante de libros en la capital colombiana, sino que consiguen sus clientes a través del voz a voz o llaman la atención de los visitantes cuando sacan su dinero y empiezan a pasar cada pieza de papel moneda con

tal emoción que parecen niños pequeños estrenando estampitas para llenar un álbum de colección.

Hace treinta años el Sindicato de Cambistas de Ipiales-Nariño inició sus labores y desde entonces personas como Marcos Ceballos, Richard Salazar, Manuel Chamorro, Teresa y Helena encontraron en esta fuente de trabajo una oportunidad para mejorar su condición socioeconómica e incluso para garantizar el canje de productos entre Colombia y Ecuador. "La mayoría de nosotros se dedicaba a elaborar artesanías. No obstante, las escasas fuentes de empleo, la falta de industrialización en la región y la ausencia de proyectos macro que contribuyeran al desarrollo de las fronteras nos llevaron a buscar nuevas alternativas laborales", comenta Marcos Ceballos, fiscal del sindicato.

Quienes se dedican al cambio de divisas no tienen un patrón al cual rendirle cuentas, un horario establecido que debían cumplir para recibir cierta cantidad

de dinero en la quincena o un lugar encerrado donde realizan las transacciones. A ellos les basta con entablar una conversación al aire libre con el usuario de sus servicios para darle a conocer los términos del negocio e invitarlo a beber una taza de café en Mix Helados, mientras ultiman los detalles de la operación financiera. "Cada comerciante sale a la calle a trabajar y lleva lo necesario para el sustento diario. Hay compañeros que por enfermedad u otros motivos dejan de venir pero esa ya es una decisión personal, nadie los controla", afirma Ceballos.

Richard Salazar, encargado de cambiar dólares y pesos desde hace dos décadas, señala que la presencia de los cambistas en el parque principal del pueblo obedece a una tradición y a la centralidad del lugar. Sin embargo, también declara que la localización y los montos manejados por ellos ponen en riesgo la integridad de todo el gremio. "La inseguridad no solamente se da en este sector, sino a nivel regional y nacional. De todas formas, nosotros somos perseguidos en cada momento porque la plata tiene muchos amigos. Aquí el dinero está a la vista y, por ende, nos convertimos en presa fácil para los ladrones", expresa.

Las personas que cambian moneda en Ipiales son víctimas de atracos al salir de sus casas o al llegar a las mismas, lo cual ha dejado como resultado la muerte de veintidós comerciantes y lesiones físicas a otros tantos. Tan sólo el sábado 8 de noviembre, a las siete y treinta de la noche, Edgardo Chanchala, uno de los integrantes del sindicato, falleció al recibir un impacto de bala en su cabeza. "Ya no nos llevamos la plata para nuestros hogares. Hemos optado por guardarla en las cajas fuertes de los vecinos y de los almacenes del centro de la ciudad, porque el ambiente se ha vuelto pesado", indica Ceballos. "Ahora lo único que pedimos es justicia, pues el crimen cometido en contra de Edgardo no puede quedar impune. Además, hacemos un llamado a nivel nacional para solicitar un control a la situación", agrega.

Pero la inseguridad no sólo es un tema preocupante en Ipiales. Al otro lado de la frontera, en Tulcán, Ecuador, también hay hombres que esperan el paso de los transeúntes para canjearles unos cuantos billetes y se mantienen en zozobra por posibles acciones de los ladrones en su contra. A diferencia de sus colegas colombianos, algunos de ellos, como Álvaro Lima, no portan el dinero en riñoneras o canguros sino que lo colocan cerca de la caja de cambios o en la silla delantera de una camioneta lujosa.

Para Marco Vinicio Yacelga, integrante de la Asociación de Cambistas Doctor Isidro Ayora de Tulcán, el hecho de manejar un capital en la mano es un factor que pone en riesgo sus vidas y los deja al alcance de la delincuencia común. "La situación negativa es que no contamos con el apoyo de la policía. Por propia iniciativa hemos decidido andar armados y cuidarnos entre amigos", afirma.

De ahí que los cambistas ecuatorianos reclamen una mayor protección en su país, pues consideran que la vigilancia hacia el sindicato todavía es insuficiente. "Cuando pasa algo grave las autoridades ahí sí dicen: ¡Tomemos cartas en el asunto! De lo contrario, se demoran en llegar al lugar de los hechos o no enfrentan el caso", comenta Álvaro Lima, miembro de la Asociación.

Ante esta situación que afecta el orden público así como la tranquilidad de los colombianos y de los ecuatorianos, el agente Mauricio Vera, coordinador de la Policía Comunitaria del municipio de Ipiales, recomienda a la agremiación de cambistas asistir a las reuniones organizadas en las instalaciones de la estación para conversar sobre los problemas de la comunidad y capacitarlos en materia de seguridad. "En la actualidad es muy poquita la gente



que quiere trabajar con la policía, no sé si le temen a nuestra intervención. De todas formas, nosotros estamos dispuestos a acompañarlos cuando se trasladen a sus lugares de residencia o realicen transacciones comerciales grandes", explica.

Una de las soluciones al problema, tal como se escucha de boca de los nariñenses, es 'no dar papaya' o reducir las posibilidades de los ladrones de cometer actos delictivos, poniendo en práctica medidas básicas de seguridad. Pero también es importante que los habitantes del lugar sean más solidarios en los momentos de peligro o en las dificultades. "Aquí son frecuentes los asaltos, aunque nosotros, a diferencia de nuestros hermanos de la vecina República de Colombia, trabajamos un poco más unidos. Donde encontramos un delincuente, todos le caemos, no nos dejamos desamparados", expresa Yacelga. ☞

Ya no nos llevamos la plata para nuestros hogares. Hemos optado por guardarla en las cajas fuertes de los vecinos y de los almacenes del centro de la ciudad.

El sueldo del monte

Primero los invitan a unirse a un grupo ilegal por plata. Luego los chantajea con la muerte para atarlos de vida con alguna organización armada.

De tanto que pasaban unos hombres con fusiles por su pueblo, en la Sierra Nevada de Santa Marta, un día César Morales se fue con ellos. En 1977, cuando tenía 9 años, se involucró a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Soñaba con sacar de la miseria a su familia, poderla mantener y darle todos los gustos que anhelaba. Por eso, le fue tentador hacer parte de este grupo y ser el súper héroe de sus seres queridos, que para ese entonces no era otra cosa que tener un uniforme y un fusil en las manos.

César nunca llegó a pensar que iba a ser otra víctima más de esta organización, que lo único que hacía era lavarles el cerebro y darles ilusiones. “Era pequeño e ignorante de lo que ocurría a mi alrededor. Sólo esperaba poner-

me el uniforme y combatir para darle una buena vida a mi familia, así que me dejé manipular por las FARC con su ideología”, dice César.

Con el pasar del tiempo, Morales obtuvo un rango muy importante dentro de este grupo ilegal. Se convirtió en el comandante de un frente que integraban 400 hombres y era considerado un luchador y un frentero. Estas dos cualidades le permitieron adquirir atribuciones económicas que no tenía cuando era un modesto campesino. “Yo me guerreeba todo por mi familia para poderles enviar dinero porque si uno es un guerrillero más de tantos que hay, nunca verá la plata. Uno necesita ser alguien allí”, señaló César y agregó que mucha gente se equivoca al pensar que las FARC pagan un sueldo por estar vinculado a la organización.

Rafael Quintero, desmovilizado del Ejército de Liberación Nacional (ELN), hace tres años vivió una historia parecida, a diferencia que nunca logró cumplir su meta, ayudar económicamente a sus dos pequeños hijos. “A la edad de 26 años, en 1998, me involucré a esta organización, ya que un ‘amigo’ guerrillero (Gabriel Sierra) me convenció y me dijo que al estar allí mi vida cambiaría, que los problemas financieros desaparecerían”.

Para la esposa de Rafael, Carolina Beltrán, fue duro que él se vinculara a esa organización, pues nunca confió en lo que, Gabriel Sierra decía. “Yo sufrí pues el hombre que convenció a mi esposo me dijo que yo tendría comunicación con Rafa, que no muy seguida, pero que sí recibiría noticias de él constantemente y cuando pasó un mes y nos las tuve, confirmé que todo era una farsa”, dijo Carolina.

César al ser comandante recibía dinero, aunque no un salario como tal, pero sí ganaba cierta cantidad de plata por los labores que efectuaba. “Yo trabajaba en finanzas y en organización de masas, es decir, lavarles el cerebro y enseñarles a ser milicianos de las FARC”, comentó Morales y además dijo que gracias a su cargo podía enviarle dinero a su familia y en muy pocas ocasiones regalarles fincas, carros, terrenos siempre y cuando su superior estuviera al tanto y de acuerdo con lo que iba realizar.

“Lo que me ganaba, más o menos unos 50 ó 70 millones de pesos, lo invertía sólo en mi familia ya que el dinero que uno recibe no es mensual. ¡Ojalá

Hoy en día César es casado, tiene un niño de un año y medio, por el cual trabaja y lucha constantemente en sus dos carnicerías.

hubiese sido así!”, explicó Morales y resaltó que los únicos que sí podían disfrutarlo eran los duros de las FARC.

Morales tenía que estar pendiente de todas las necesidades de su grupo y llevar un control de lo que se necesitaba y se gastaba porque quincenalmente debía presentar un inventario a su superior, y si había un descuadre de tan sólo mil pesos lo mataban. “Ser comandante tiene sus ventajas ya que se recibe dinero y se disfrutan algunos prestigios”, comentó.

Cuando se es un buen combatiente, las FARC lo tienen en cuenta y eso es recompensado con un dinero para la familia. Ser un buen guerrero significa arriesgar todo por la “ideología”. “Cuando hice operaciones de ataque estuve a punto de perder la vida. Muchas veces recibí disparos en varias partes de mi cuerpo, pero como yo era tan frentero y guerrero, luchaba por mis seres queridos”, comentó Morales.

Después de estos hechos fueron tres días de angustia y miedo los que pasó César al dejar el monte en el que vivió por trece años. No se entregó al ejército por miedo a que lo mataran. El temor que lo invadía era grande, pues después de tanto tiempo ya no tenía familia ni dinero, sólo dos granadas en sus bolsillos y un fusil que lo defendería hasta llegar a su ciudad, Santa Marta, para poderse organizar nuevamente.

“La desmovilización no es fácil, uno piensa mucho antes de hacerlo, por temor a que lo maten, además, yo lo tenía todo allá y sabía queirme implicaría perderlo, aunque eso no me de-

tenía porque uno es consciente de que lo que hace es malo y eso te mata la cabeza”, expresó César.

Hoy en día César es casado, tiene un niño de un año y medio, por el cual trabaja y lucha constantemente en sus dos carnicerías. Al comienzo no pudo incorporarse fácilmente a la sociedad, porque no tenía nada ni a nadie, pero con la ayuda de 7 millones de pesos que le dio el gobierno pudo establecer sus dos negocios, los cuales le han permitido mantener a su familia. “Sólo le agradezco a Dios la nueva oportunidad que me dio de reestablecer mi vida y por darme todo lo que tengo ahora”, comentó César. ☺

“Era pequeño e ignorante de lo que ocurría a mi alrededor. Sólo esperaba ponerme un uniforme y combatir para darle una buena vida a mi familia.” //



Las heridas que dejaron marcada la vida de César Morales luego de haber estado 17 años como guerrillero de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.



“Déle de una, hágale pues”, es lo que le dicen sus compañeros de mesa. Los otros jugadores lo animan a que apueste en el Blackjack. Es el juego perdido de Roberto Galvis.

Me mira en silencio, mientras escarba entre sus recuerdos. Quizás su mutismo sea para ganar algo de tiempo mientras encuentra alguna respuesta. De una manera casi imperceptible se muerde la comisura del labio inferior, como si quisiera evitar que las palabras finalmente logren liberarse, decir algo.

Lo miro y mientras me habla, percibo en sus ojos un abatimiento de muchas tristezas acumuladas. Su rostro adquiere ese brillo que a veces anticipa las lágrimas que han extraviado su llanto. “La verdad es que uno sabe desde el comienzo que esto es lo que va a pasar, porque desde la primera vez uno ya entiende que está perdido”, afirma Roberto Galvis hoy, cuando ya no tiene nada en sus bolsillos.

-Cuando uno pierde una cantidad importante, se corrige. Al comienzo uno juega cualquier cosa, a veces se gana a veces se pierde, pero uno no le pone mucha atención. De hecho, al principio uno sabe que va a perder porque eso hace parte de aprender a jugar, es como saber manejar los tiempos: cuándo ir, cuándo parar, cuándo

no ir; qué tanto apostar, cuándo jugársela toda. Es aprender cómo manejar la ambición.

Todo lo que dice él, con una mirada profunda, convence y permite descubrir qué es lo que más conviene hacer. En un casino estudia a los otros, entiende cómo juegan. Sabe a qué van, cómo van, para qué van. “¿Y sabe una cosa?”, me pregunta, y casi sin que le alcance a decir nada, él mismo se responde: “al final, lo que uno debe asimilar, eso es lo básico, lo demás es accesorio, es saber con qué necesidad es la que juegan los demás”.

Razono tratando de entender, de adivinar qué es lo que está queriendo decir. Alcanzo a preguntarme si me está hablando en serio. Pero él sigue con su monólogo. “Todo no es más que pura psicología”, me recalca. En ese momento me doy cuenta de que él alcanzó a percibir mi expresión de asombro, mientras continúa hablando y gesticulando; de alguna manera el movimiento en aspás de sus manos y de sus brazos evidencia sus gestos de repartidor de cartas.

El secreto, según Roberto, está al final, cuando comprende que todo

se reduce a tratar de saber con qué hambre están jugando los otros. Se termina apostando por pura y física necesidad. Cuando ya está quebrado, cuesta abajo, busca recuperarse entre las cenizas. Recuerda el día que lo tuvo todo: una gran mansión, buenos carros y camionetas, obras de arte y no falta la novia aquella que cualquier hombre desearía, pero hasta eso desaprovechó.

La necesidad lo llevó a tener que jugarse los restos, jugar con todo. Es la necesidad de querer y tener que salvar algo; de una oportunidad, un último chance, ruega uno. Quien juega por necesidad, tiene más que perder, “puede sonar paradójico, pero ese es el que tiene que jugársela más, aunque ya no le quede nada”. ¿Verdad? Me pregunta, mientras yo trato de seguirle el hilo a esa precaria filosofía de la desesperación.

Roberto Galvis, ya a sus 34 años, simpático, con buena pinta, pero sin novia, tiene que jugársela, cada vez estará más obligado a tener que aceptar las condiciones de los demás, ir a las manos, mantener el plante, sostenerse, subir las apuestas para evitar las cañadas, no poder cañar; tener que ir a la fija, no mostrar la necesidad y en ello jugarse los restos, en fin asegurarse, y cuando tiene que asegurar ya tiene perdida la mitad de la mano, del resto se encargan los demás.

- Nena, para que se

acuerde de mí, le voy a enseñar una cosa. Apréndase que la necesidad es la madre de todos los vicios. Un amigo que me conseguía mujeres para que me hicieran compañía, y yo les daba plata, obviamente, me llevó al casino un día que yo andaba despachado, esto es como todo, me responde cuando le pregunto por los orígenes de su vida en el mundo del azar.

A Roberto le quedó gustando el ganar plata tan fácil sólo gastando un poco de tiempo, el que al final se convirtió en gastar toda su fortuna y terminar empeñando hasta los “calzones”, como dicen las abuelas. “Y ¿quiere saber qué es lo que lo hunde a uno definitivamente?”, me pregunta, “Lo que a ti te hunde, es ganar, ganar algunas veces, ganar otras, incluso hasta ganar mucho”.

Él, como buen estudioso del rostro inexpresivo en el que tratan de ocultar cualquier emoción quienes están apostando, al instante se da cuenta de mi confusión, de lo que creo haberle entendido mal. Roberto se adelanta a aclararme el sentido de su absur-

da afirmación, cuando le cuestiono: ¿esa no es la razón por la cual todos apuestan? Si ganar es la pérdida de todos, por qué razón apuestan, quizás porque ya no queda más que la esperanza y como “la esperanza es lo último que se pierde”, apuesto a que eso tampoco lo pierden.

A él le gusta cuando se gana, la mesa paga con fichas, que luego se cambian por plata; de esa manera premia el casino, la mesa, donde se juega; pero se recibe un premio mayor con el que nunca se cuenta, es el éxtasis que le da el cerebro, “se inunda todo de una cosa que llaman endorfinas, te hace sentir pleno, ganador, absoluto, vencedor, poderoso, inmenso, siete veces feliz, como dice la Biblia; la sensación es como orgásmica, como una especie de orgasmo múltiple”. ☺



Texto: Ivonne Adriana Jiménez Zapata
Ilustración: María Angélica García

El increíble Jaramillo

Un hombre que se ganó la lotería con el número 4220. Era el boleto de su amigo del alma que un día no lo compró. Hoy, su familia goza de los dividendos.



Ilustración: Giovanni Ospina

“Cuando sus hijos ya estaban formados, salió con su mujer a cumplir uno de sus sueños más anhelados: viajar por el mundo.”

Luciano Jaramillo, un cucuteño de las familias más reconocidas de esta ciudad, gerente de Suramericana de Seguros, salió un miércoles de su casa para encontrarse con su amigo de toda la vida, Alberto Barreto. Ambos compartían una amistad de muchos años en las que vivieron momentos buenos, difíciles y algunos inolvidables.

Todos los miércoles, como era costumbre para Alberto, compraba unos cachitos de lotería a su vendedor de confianza, quien, acostumbrado a este ritual, se pasaba por su casa ofreciéndole el único número que el señor Barreto compraba: el 4220, el de la suerte. Esta tradición la hizo por algún tiempo guardando celosamente este billete para su cliente más constante. Luciano era un poco escéptico frente a estos temas, negándose a la posibilidad de participar por estos premios.

Un miércoles de 1954, Alberto recibió la visita de su vendedor de lotería. Decepcionado de años de apostarle al mismo número decidió no comprar ese día su combinación preferida. Al pensar que se quedaría con el billete, el vendedor salió rápidamente a comercializarlo por la calle teniendo la sorpresa de encontrarse a Luciano en la puerta. “Don Luciano, cómpreme el billetico para que no se me quede”, le dijo el vendedor. Observando la in-

sistencia y necesidad en el rostro de aquel hombre se lo compró sin ninguna fe de ganarse el “gordo”.

Días más tarde, caminando por el centro de la ciudad, Luciano pasó por simple curiosidad por el edificio de la Lotería de Cúcuta para comparar su billete con los números ganadores de esa semana. Cuando se acercó a esa pared llena de información millonaria, ubicó rápidamente su categoría. Un cuatro, un dos, seguido de otro igual finalizando con un fabuloso cero, el número de su mejor amigo que ahora le pertenecía, le hacía ganar el premio gordo de la lotería.

Explotó de alegría: se acababa de ganar 1'500.000 pesos, el premio mayor. Apenas lo creía. Jaramillo, el increíble de la suerte, se comía sus palabras y argumentos cuando el destino le hizo una magnífica jugada.

Con este dinero decidió comprar una gran casa para su mujer y sus tres hijos. Le ofrecieron un buen dinero por su antigua vivienda, un negocio que no podía desaprovechar. Al venderla se empezaron a ver los indicios de lo que sería el futuro de esta familia: los bienes raíces.

Poco a poco don Luciano Jaramillo fue comprando y vendiendo casas cada vez de un mayor costo, hasta que un día contando con un gran capital decidió construir. Empezando con unas pocas casas y más adelan-

te innovando en Cúcuta el concepto de conjunto residenciales, es decir la homogenización de casas. En este negocio duró muchos años en los cuales el sostenimiento de su familia era la prioridad. Años más tarde formó la empresa Provase, una de las inmobiliarias más famosas y confiables de Norte de Santander, la cual continúa hoy en funcionamiento y es manejada por uno de sus hijos.

Cuando sus hijos ya estaban formados, salió con su mujer a cumplir uno de sus sueños más anhelados: viajar por el mundo. Se fueron por España, Francia, Italia, Portugal, las islas del Caribe, Estados Unidos. Conocieron culturas distintas, playas sensacionales, ciudades inmensas, aprendieron de la historia de cada país que visitaban.

En 1996 murió don Luciano Jaramillo, un cucuteño escéptico de la suerte que hasta el último día de su vida siguió comprando el billete de lotería. ☺



Texto: Andrés Felipe Vargas Hoyos

VALORES

Viaje en bus
\$ 168.000

El viaje por tierra desde Bogotá hasta Ipiales, ida y vuelta, tiene un costo de 168.000 pesos por persona. Cada trayecto dura 22 horas en promedio. El mismo recorrido en avión está en 521.660 pesos y garantiza que, en cada itinerario, el pasajero gaste 1 hora y 10 minutos.

Transmilenio
\$ 1.500

En Colombia, montar en Transmilenio cuesta 1500 pesos, mientras que en Argentina utilizar el metro vale menos de la mitad.

Cruzar la frontera
\$ 6.600

Si quiere visitar la ciudad de Tulcán en Ecuador y se encuentra en Ipiales, Colombia, debe tomar un colectivo que lo lleve hasta el Puente Internacional de Rumichaca y, luego, otro vehículo hasta el Parque Isidro Ayora. El precio del transporte es de 3 dólares, unos 6.600 pesos colombianos por persona.

Sueldo guerrillero
\$ 70'000.000

Aunque la tropa no recibe salario, un jefe guerrillero puede ganar partidas que oscilan entre 50 y 70 millones de pesos.

Entrada al parque
\$ 145.000

Entrar a Animal Kingdom en Los Ángeles cuesta 145.000 pesos, mientras que el ingreso a Salitre Mágico en Bogotá, con derecho a varias atracciones cuesta 30.000 pesos.

Limosna generosa
\$ 1'000.000

Cuenta doña Claudia que el rumor comenzó cuando días atrás una mujer que pedía dinero con sus hijos en la calle novena de Zipaquirá fue premiada con una limosna insospechada: un millón de pesos que le dio un hombre de una camioneta lujosa de color oscuro.

Almuerzo de cuy
\$ 30.000

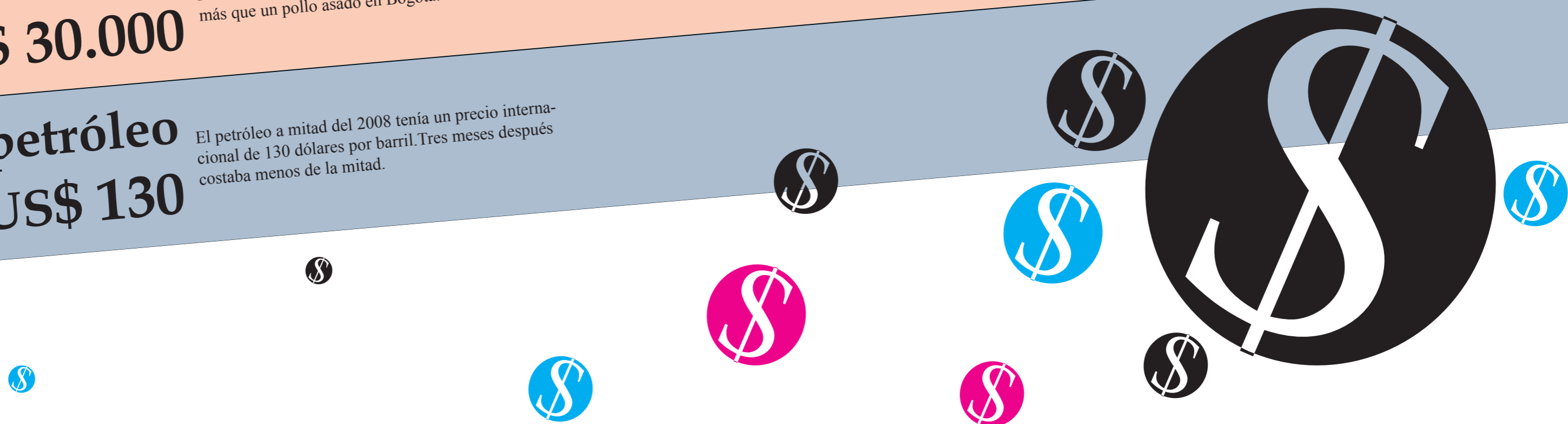
Un plato de cuy con papa salada y ají de maní en un restaurante de Nariño cuesta 30.000 pesos. Tres veces más que un pollo asado en Bogotá.

Premio Gordo
\$ 1'500.000

En 1954, el cucuteño Luciano Jaramillo se ganó el premio mayor de la lotería: un millón y medio de pesos. Una gran fortuna en ese tiempo.

Barril de petróleo
US\$ 130

El petróleo a mitad del 2008 tenía un precio internacional de 130 dólares por barril. Tres meses después costaba menos de la mitad.



BANCO DE LA REPUBLICA

43959285 VEINTE MIL



20000

COLON